libertad, merced á un rasgo de su sanguinaria ferocía; vencidos y desbaratados en algunos reencuentros; pobres y cargando el odio de los pueblos comarcanos, vinieron á poner en las islas del lago los cimientos de México. La necesidad les hizo industriosos; las contradicciones acrecentaron su valor natío. Bregaron animosos contra la mala fortuna, y se salvaron así de la destruccion; poco á poco crecieron y se hicieron fuertes. Entonces, el rencor que guardaban en el corazon por las pasadas injurias se desbordó como un torrente; atravesaron en sus barcas las aguas de la laguna, y llevaron á la tierra firme la guerra y la servidumbre. Crecieron mas, y durante la administracion de una serie de reyes tan políticos como guerreros, la nacion llegó á ser la primera de Anáhuac. Embellecieron su capital hasta hacerla una maravilla; cultivaron las artes y las ciencias, hasta hacerse los rivales de los tetzcocanos; propagaron sus instituciones, sus costumbres, su teogonía y su lenguaje por donde quiera que su poder alcanzó; y pocos pueblos no vieron dentro de su territorio invadido, á las guarniciones de los guerreros aztecas venir á demandar el tributo. Los siervos de los culhuaques fueron los señores de la tierra.

Ya señalamos las emigraciones que durante este periodo hicieron las gentes de lengua mexicana hasta Centro América, y ahora solo diremos, que en la conquista de Soconusco (Xoconochco), los invasores hicieron desaparecer el mam, que allí se hablaba, sustituyéndole su propia lengua.

La venida de las tribus, y el que las mas adelantadas se avecindaran en el valle de México, no solo dió por resultado una inmensa poblacion, sino tambien que aquí se implantaran de preferencia y crecieran con mayor lozanía los conocimientos de estos pueblos. Desde que la monarquía tolteca desapareció, hasta el principio del reino de los acolhuis, no pueden contarse mas de años de tinieblas y de ignorancia. Comenzó el crepúsculo con el establecimiento de la corte de los acolhuis en Tetzcoco; y fué patente la luz, cuando esta ciudad y la de México eran rivales en esplendor y en saber. Los elementos aprovechados en esta tercera y última faz de la civilizacion de Anáhuac eran todos de orígen tolteca, de manera que, los pueblos modernos solo pueden aspirar á la honra de haberlos perfeccionado, dándoles mayor ensanche con mayor número de aplicaciones, y de haberlos propagado sobre un espacio inmenso. El conjunto de instituciones políticas, de enseñamientos morales, de preceptos religiosos, de saber científico, forman un todo monstruoso, que no se sabe si achacarlo á un pueblo nuevo, bárbaro y sanguinario, ó ponerlo á cuenta de una nacion antigua, organizada tan humana como discretamente: el entendimiento tiene allí mucho que admirar, y el corazon no encuentra poco que aborrecer. La civilizacion tolteca, cual nosotros la conocemos, era inferior á la mexicana. Debia ser así; la humanidad no permanece estacionaria, adelanta de continuo; una generacion lega á la siguiente su saber, y esta, por poco que sea, añade alguna cosa al cúmulo de lo que recibió. Los pueblos modifican el depósito que se les entrega conforme á sus instintos y á sus necesidades; abandonan unas cosas, cultivan otras de preferencia, dan al todo un aspecto particular aunque con el aire de la familia de donde procede; pero en último análisis, la humanidad ha hecho progresos, ha dado algunos pasos en ese sendero que la conduce por designios de la Providencia á la perfeccion y á la mejora. Tal vez los tetzcocanos estaban mas adelantados que los de México; estos, sin embargo, eran los mas poderosos, y por eso dieron su nombre á la civilizacion y á su época.

XI.

La historia nada dice de las inmigraciones de las tribus del Norte.—Inducciones sacadas de nuestra carta etnográfica.—California.—No tenemos noticias para las regiones del Noreste.—Los apaches.

En esta sazon volvemos á quedar sin guia. Nuestra historia antigua que registró cuidadosamente los hechos de las naciones del Sur, nada ó bien poco sabe decirnos de las del Norte, mas allá del asiento de los pueblos civilizados; quedamos, pues, estrechados de nuevo, á recurrir á los enseñamientos de la carta etnográfica, á las inducciones de nuestro sistema comprobado por las relaciones históricas, y á las tradiciones conservadas por acaso en las crónicas de los misioneros.

Arriba de los límites boreales de los señoríos constituidos de México, de Tetzcoco y de Tlacopan en el Valle, y de Michoacan, fuera de él, vagueaban tribus bárbaras y errantes, ocupando la inmensa superficie de Querétaro, Guanajuato, Aguascalientes y Zacatecas, y parte de Jalisco y de San Luis. Debian su orígen á los individuos de las familias chichimeca, mexicana y otomí, que desdeñando recibir el blando yugo de la civilizacion, se separaron de sus hermanos, llevando en sus tierras una vida salvaje y aventurera. Los conquistadores españoles que en aquellas comarcas les encontraron, dieron á todos el sobrenombre de chichimecos, palabra que comprendia á todos los guerreros nómades sin distinguir la lengua que hablaban ó la es-

tirpe á que pertenecian; la denominacion *chichimeca* perdió entonces la acepcion honorífica en la cual la tomaban las naciones que con ella se adornaban, y quedó convertida en palabra despreciativa, que en rigor no significaba mas de bárbaro. Ellos, sin embargo, se daban diversas denominaciones, y eran tonases y mecos, cazcanes, zacatecos y mazapilis, cuachichiles, cocas y tecuexes, etc., afectando muchos el título de *teules chichimecos*. Sin excepcion eran cazadores; valerosos y rapaces, hacian indistintamente la guerra á todos los pueblos comarcanos, llevando el exterminio á lugares distantes; celosos de su libertad, la defendieron tenazmente contra los invasores blancos, y todavía entrado el siglo XVII, eran el terror de las ciudades levantadas en su territorio, y de las caravanas de viajeros que se aventuraban á pisar sus montañas.

Desde la desembocadura del Zacatula hasta Sinaloa, en todo el espacio ocupado por el mexicano, orillas del Pacífico, se veian señoríos mas ó menos importantes, como los de Colima, de Etzatlan, de Ameca, de Jalisco, de Coinan, de Culiacan, etc. Eran absolutamente de filiacion nahóa, avecindados en las diversas comarcas durante las inmigraciones toltecas, y tenian por consecuencia cierto grado de cultura que revelaba su orígen.

Para adelantarnos ahora mas al Norte, es preciso dividir el ancho espacio cercano á la frontera con los Estados-Unidos en dos regiones, la primera al Noroeste, la segunda al Noreste. Si comenzamos por aquella y consultamos la carta, descubriremos que al Norte del lago de Chapala queda una prolongacion del mexicano; linda con este el zacateco, idioma de su familia, y con una pequeña interrupcion del irritila continúa el concho, tambien dialecto mexicano, hasta terminar en las márgenes del rio Bravo. Esta zona de Norte á Sur marca, por medio de esos vestigios de la lengua, una de las direcciones generales seguidas por los nahóas en sus marchas hácia el Mediodía.

Ademas, allí están las ruinas de las ciudades populosas construidas por la familia tolteca, en donde hemos supuesto que brotó y se desarrolló la civilizacion média de los pobladores de México. A excepcion de la Quemada en terrenos de los zacatecos, los lugares restantes están ocupados por naciones de un solo tronco etnográfico, diverso totalmente del tolteca; el Zape entre los tepehuanes; Casas grandes entre los tarahumares; las mas antiguas Casas grandes entre los pimas. Este hecho da la primera induccion, trivial é innecesaria de puro ser verdadera: la raza nahóa ha desaparecido, y en su lugar se encuentra otra raza diferente.

Al hablar del mexicano copiamos la opinion del P. Ribas, quien previo el estudio de las lenguas de algunos de los pueblos de Sonora y de Sinaloa asegura, que aquellos naturales conservaban la tradicion de haber salido del

Norte, de cuyos lugares les habian arrojado otros pueblos que despues habian sobrevenido, y que las lenguas presentan vocablos y radicales de la lengua mexicana; infiriendo el autor—"que casi todas estas naciones comunicaron "en puestos y lengua, con la mexicana, y salieron de la vanda del Norte."

Todos los pueblos de Sonora y de Sinaloa conservan la tradicion de su roce con las tribus de filiacion nahóa; y en sus teogonías, en sus costumbres y en sus idiomas tienen las pruebas, de que ese roce fué largo y continuado. Los coras de Jalisco, tribu la mas austral de la familia pima, vive encastillada en las montañas cuyos picos principales llevan nombres mexicanos; su idioma ofrece tal analogía con el azteca, en las palabras y en las formas gramaticales, que esto indujo á Balbi á colocarlo en la familia mexicana, no obstante que Vater habia opinado en contrario; sus dioses procedian del cielo tolteca. Los tepehuanes son tal vez los que sufrieron menos el influjo extranjero; pueblo sin divinidades, pero guardador exacto de una ley natural caracterizada por su moralidad, presenta sin embargo cierto tipo de la civilizacion de sus vecinos. Los xiximes, los acaxees, los sabaibos y los tebacas tienen tan profundos rasgos de semejanza con las gentes nahóas, que nos hemos creido autorizados para colocarlos como rama de aquel tronco: esta clasificacion podrá no ser exacta con respecto á la lengua, y así lo tenemos ya dicho; pero en cuanto á las costumbres, á la teogonía y á la civilizacion, nuestro concepto es absolutamente verdadero. Siguen los pueblos de Sinaloa, contando entre ellos á los pimas, á los cuales se ha referido el P. Ribas, y mas al Norte nos quedan por último los ópatas y los tarahumares. De los primeros aseguran los misioneros, que creian que algunas familias mexicanas se habian quedado en sus tierras, y que de ellas se habia formado el pueblo ópata, cuyo idioma conserva muchas voces aztecas. Esa creencia no la referian únicamente á su poblacion, la aplicaban tambien á su orígen primitivo. Los tarahumares, pueblo agricultor, semi-bárbaro, presenta pocos puntos de contacto con las gentes con quienes vamos haciendo las comparaciones, aunque tambien es verdad que sabemos bien poco de su tradicion y de sus creencias.

No puede caber ya la menor duda; todas estas tribus han tenido relaciones prolongadas y estrechas con los nahóas; en los establecimientos boreales de los toltecas han representado el mismo papel, que en los australes los chichimecas, los otomíes y los cuextecas; y cuando las colonias nahóas han quedado debilitadas, á consecuencia de las disensiones cuyo recuerdo conserva la familia en su tradicion, y sus moradores se han puesto en marcha para el Sur, ellos se apoderaron de las comarcas abandonadas, sustituyéndose á los antiguos moradores. Esto no ha de haber sido siempre de una manera pacífica; el recuerdo de los pueblos ópatas y pimas, de haber sido empujados al Mediodía por otros pueblos, nos hace conjeturar, que ellos á su

vez invadieron el país ocupado por los nahóas; que debilitados estos por sus guerras intestinas, sucumbieron, y que los restos de los fugitivos vinieron á tomar descanso hasta el valle de México. La familia ópata-pima-tarahumar ha de haber sido la que acabó de extinguir la civilizacion del Norte.

El tiempo á que referimos estas irrupciones es, á los mismos fines del siglo XII en que tantas tribus se presentaron en el Valle, y en que otras varias invadieron á Jalisco y lugares mas australes. En cuanto al órden, los pueblos rústicos y cazadores de las montañas nos parecen los mas antiguos. Los coras y los acaxees con los de su estirpe, que son los mas parecidos á los aztecas, deben haber sido vecinos de estos por mayor número de años, pues adoptaron en todo sus costumbres; ademas, habla en favor de su primacía, su posicion topográfica. La serranía que divide Sonora de Chihuahua, Sinaloa de Durango, influyó en la direccion de estas irrupciones; siguieron las vertientes occidentales cahitas, pimas y ópatas, las orientales tepehuanes y tarahumares. Las emigraciones nahóas, al pasar por Sinaloa, estrecharon á lo largo de los rios varias pequeñas tribus, ahora extinguidas, que en nuestro concepto eran los moradores del país. Los cahitas á su turno, y por el lado opuesto, los estrecharon sobre las mismas corrientes, destruyéndolos poco á poco por la comunicacion de su lengua. Sobrevinieron los pimas é invadieron el país sobre los séris. De lengua totalmente diversa de la de aquellos pueblos, de costumbres feroces, salvajes y sin el menor instinto por la civilizacion; sirviéndose de las flechas emponzoñadas de que no usó ninguno de los pueblos de México, los séris presentan un fenómeno curioso bajo mas de un aspecto: se les podria creer caribes, si no estuvieran tan lejos de los de las islas y de los del continente. Los ópatas llegaron despues de los pimas, y aun invadieron los terrenos de estos, de donde resultó la diferencia de pimas altos y bajos. Por el Este, los tepehuanes se presentaron los primeros; los tarahumares les empujaron para el Sur, de donde resultó que muchos de aquellos se encuentren mezclados con estos en Chihuahua.

En la península de California, los habitantes conservan el recuerdo de que sus progenitores vinieron del Norte; cosa que nosotros hubiéramos adivinado, al ver la configuracion de su tierra, rodeada por los mares y distante de pueblos que practicaran la navegacion. Los misioneros jesuitas encontraron vestigios de una civilizacion mas antigua, olvidada completamente por las tribus á quienes impusieron el yugo del Evangelio. Otra raza se habia perdido, pues, allí, y de las que sobrevivian, la pericú debió penetrar la primera en la península, luego la guaicura, y al último la cochimí. Huyeron los pericúes en razon de lo que los guaicuras avanzaban empujados por los cochimíes, y cuando llegaron al cabo de San Lúcas, se les acabó la tierra; allí encontraron el fin del mundo. Acorralados entre el mar y sus enemigos, por mucho que se defendieran, estaba escrito que ellos antes que ninguno de sus hermanos debian de perecer.

El pueblo civilizado que vivió en la California no dejó en herencia ninguno de sus conocimientos á los modernos habitantes de la península, supuesto que el siglo XVII les encontraron los misioneros jesuitas completamente desnudos, alimentándose con los frutos espontáneos de la tierra, y en la mas crasa ignorancia aun de aquellas cosas que sirven para hacer menos fatigosa la vida. Ellos tampoco presentaban síntomas de haber hecho el mas pequeño invento en su favor, de manera que, su absoluta degradacion física y moral solo puede explicarse, con que eran tribus salvajes que confinadas en aquella comarca, sin el enseñamiento y el estímulo, resultado del trato con otras naciones; poseedores de un suelo estéril que no produce las primeras materias para las artes y ni siempre vuelve con creces el grano que se le confia, fueron olvidando paulatinamente lo poco que sabian, en lugar de aprender alguna cosa, y ni ocurrieron á satisfacer las mas urgentes necesidades de la vida porque no tenian objetos que aplicar á esos intentos. Los californios, por esta circunstancia tal vez, presentan el tipo del pueblo mas atrasado en México.

Pasemos ahora á la region del Noreste, para confesar nuestra ignorancia, diciendo que nada sabemos de aquel rumbo. Extinguidas las tribus con las lenguas que hablaban, sin relaciones históricas suyas ó noticias de los misioneros y de los pobladores, solo podemos asegurar de una manera confusa que eran cazadoras, y en el vasto territorio que ocuparon no se encuentran ruinas de poblacion importante, y ni aun siquiera pueblos de gente congregada que mostrara un principio de cultura.

Casi en nuestros dias, la última tribu que ha invadido la frontera Norte de México es la de los apaches. Sus hordas feroces están derramadas sobre un espacio inmenso; salvajes, rapaces, sanguinarios, sin domicilio fijo, son el terror de los establecimientos de los blancos, llevando al centro de los fronterizos la desolacion y el exterminio. Ellos son el tipo de los pueblos primitivos en el estado de barbarie, y la protesta viva contra la raza blanca invasora del país.—Los tobosos fueron los precursores de los apaches en Coahuila.